

Jose Luis Sandoval T.

La economía política en la crítica de la política económica, notas *

I. Reflexiones sobre ideología y ciencia.

En el marco de la explicación económica sostenemos que la contradicción que rige el análisis de la sociedad, sigue siendo una prolongación de la lucha entre ciencia e ideología, sólo que ahora estelarizada por otras manifestaciones particulares de ésta última. La razón que aducimos es que el vasto desarrollo capitalista al multiplicar su capacidad material, consonantemente prohija una multitud de medios, mecanismos y soportes que influyen no sólo en su reproducción material, sino además en su "justificación social".

En la medida en que la potencia de la ciencia y de la técnica no es solamente potencia, sino potencia sobre el hombre, la ciencia es mediadora de dominación del hombre por el hombre; (. . .) Pero como toda mediación la ciencia disimula lo que realiza: es fácil imputar integralmente a la ciencia y a la técnica una dominación que, en realidad es imputable a las clases dirigentes; el papel de la ideología es precisamente, el de asegurar tal disimulación¹.

De manera que la ciencia como saber crítico debe medir las limitaciones que pretende imponerle la ideología. Tales cercos adoptan una variedad multiforme que hace pesada la labor científica; se extiende desde los cimientos y la "célula" de la sociedad, en los hábitos e ideas, costumbres y representaciones de la individualidad del hombre y de la rígida concepción de la familia; se presenta en las instituciones que moldean el desarrollo humano, en los aconteceres cotidianos, en las manifestaciones artísticas del hombre, en su quehacer político; en suma, impregna todo el desarrollo de la vida humana inspirando un sentido y una marca triunfalista. Válida la lucha que la ciencia despliega contra todas estas manifestaciones, muestra

* Versión ampliada de un capítulo de la tesis "Notas metodológicas para el estudio de las crisis" pronunciada en conferencia en sept. de 1980 en la U.V.

¹ Phillippe Roqueplo, *8 Tesis sobre la significación de la Ciencia*, A. Redondo Editor, Barcelona 1972, págs. 24-25.

su peligrosidad para los intereses no científicos al poner al descubierto que todo este enjambre se desanuda a partir de lo político: la lucha de clases. La ciencia dió un paso trascendental cuando llegó a este reconocimiento: A las ideas no hay que oponerles sólo otro cuerpo de ideas, hay que desenvarnarles la acción. Dicho de otra manera, convertir una contradicción ideológica en una lucha política.

En este sentido general es que la economía política ha tenido tres grandes momentos en su enfrentamiento con la economía a secas; frente al análisis económico, contra las ciencias particulares de la economía y frente a lo que pensamos es su forma más fresca y reciente: la lucha contra las manifestaciones de la política económica.

Trataremos de reflejar gruesamente las tonalidades que han asumido tales forcejeos, como un intento que nos permita aproximarnos a una distinción clara entre los propósitos que animan a la economía política y las deformaciones que conllevan las disciplinas particulares de la economía.

II. La ideología en torno a la economía.

Marx sostiene que el desarrollo de elementos verdaderamente científicos duró en la economía política hasta 1830 aproximadamente, y que luego empezaron a predominar la superficialidad y la apologética.

Schumpeter sostiene, por el contrario que pese a numerosas perturbaciones y a muchos rodeos se puede discernir un desarrollo más o menos continuo del análisis científico hasta el día de hoy, y que ese desarrollo es particularmente rápido y llamativo precisamente en el periodo posterior a 1830².

La pauta para la discusión más general sobre ciencia e ideología en el desarrollo del pensamiento económico, no arranca precisamente de la preocupación sobre la infección ideológica que pueda estar detrás del análisis económico, sino que es el interés por saber la procedencia del valor de las mercancías —desde las preocupaciones aristotélicas hasta las ideas mercantilistas e incluyendo a los clásicos—, en donde se da cita el encuentro histórico más remoto entre ciencia e ideología en torno de la economía. El desarrollo de la discusión a lo largo de la historia en que se inscriben tales corrientes de pensamiento, arroja como resultado un paulatino pero evidente avance científico, en la medida en que éste es concebido como una evolución depuradora de sustancias acientíficas; desde otro ángulo, en la medida en que la teoría del valor se fundamentaba en y a partir del hombre, se revalidaba como correcta a la ciencia económica. Por ello mismo la proposición Schumpeteriana es discutible. El propio Meek reafirma la tesis marxista.

¿Cómo se explica, entonces, que esas nuevas ideas clásicas fueran acogidas con tanto celo y desarrolladas por hombres de capacidad intelectual fuera de toda duda? Yo diría que fueron acogidas y desarrolladas precisamente porque fueron

² R. L. Meek, *Economía e ideología*, Ediciones Ariel, España 1972, págs. 298-299.

consideradas científicamente superiores a las ideas corrientes durante el segundo período³.

De ahí pues que la idea rectora que distingue a lo que es científico de lo que no lo es, lo inscribe Meek de la siguiente manera:

La postulación del trabajo incorporado, materializado o empleado como la constante valor, fue en realidad una expresión generalizada de la opinión “conscientemente formulada o no” de que para ser verdaderamente científica la economía política tiene que partir de las relaciones reales entre los hombres en la esfera de la producción⁴.

Esta conclusión auténticamente histórica y profundamente visionaria, no escamotea la verdad, no transige con la ramplonería, no da concesiones y es implacable con quienes transitan fuera de la historia.

La forma más visible y más general en donde se manifiesta el carácter ideológico de las ciencias económicas, radica en su deliberado olvido —convertido en falsa abstracción—, de las relaciones de las clases sociales presentes en la producción.

La teoría marginalista —adscrita al pensamiento económico burgués—, prolifera no en un momento equis del desarrollo histórico, sino en los momentos en que la carga científica del marxismo da de tumbos en muchos órdenes; o séase que el surgimiento, desarrollo y ocaso de la práctica marginalista es históricamente transitoria en la medida en que responde a los intereses de un desarrollo temporalmente limitado, incapaz de detener el avance científico. Por lo mismo su historia no solamente tiene infecciones ideológicas, sino que es el virus mismo que ilusamente pretende inmunizar al capitalismo contra las “diatribas” marxistas. Nada de natural, de imparcial ni de neutral tienen sus planteamientos. Creerlo —entre los que profesan cualquier disciplina social—, es una insensatez cuya dimensión y significado ningún gramatario habrá de encontrar.

El deslinde entre ciencia e ideología en torno de la economía no es una tarea fácil; la segunda puede convertirse en elemento de la primera, si se tratara de una diferencia de profundidad del conocimiento; en este caso, se trataría de una contradicción en donde —siguiendo la línea clásica sobre este razonamiento—, el polo correcto se afirma en su contrario, o más propiamente en y a partir de las debilidades científicas de éste; así pues las sensaciones, percepciones y representaciones propias de la ideología económica son también fuente para hacer ciencia. ¿cómo? Superando este momento del conocimiento.

No está de más señalar que el contenido ideológico de las ciencias que riñen con la economía política, además de manifestarse por la orientación política de la clase que las difunde, también se expresa en la profusión de conceptos y en el rejuego artificioso de sus imbricadas categorías.

³ *Ibid.* págs. 303-304.

⁴ *Ibid.* pág. 307.

En estrictísimo sentido algunas variantes de la economía política, vale decir, las que se ocupan de los análisis del fenómeno económico de la dependencia y del subdesarrollo capitalista, al remarcar sus concepciones sobre la naturaleza de estos calificativos, corren el riesgo de quedarse en el plano ideológico. La dependencia y el subdesarrollo no son más que adjetivos del sustantivo capitalismo; la gramática elemental nos reprocharía que nuestros análisis se circunscribieran a la forma y perdiésemos de vista su esencia; o en otros términos, sustituir a la generalidad con la particularidad.

Alrededor de la historia económica han debatido la ideología y la economía política. Esta, con una preocupación más globalizadora no se queda en la simple yuxtaposición cronológica, sino que analiza los fenómenos y procesos económicos y su concatenación con otros órdenes, bajo la perspectiva del grado de evolución de las fuerzas que impulsan la economía y el desarrollo material y social de la sociedad. A partir de aquí, su mirada se fija en la necesidad de determinar la regularidad de dichos fenómenos y el carácter general que puedan ostentar. Aunque ambas disciplinas operan sobre un mismo objeto, la forma como lo hacen y las conclusiones a las que arriban no solo son distintas, sino contradictorias. La historia económica da un tratamiento igual a lo que es trascendente y lo que es secundario; se contenta con presentar los hechos conexos con el tiempo, perdiendo de vista que las dimensiones de la economía van más allá de la temporalidad. La balanza se inclina en favor de la disciplina que acomete con más profundidad su análisis.

Otro de los enfrentamientos históricos que ha sostenido la economía política ha sido con las ciencias económicas particulares. La pobreza de estas disciplinas, —dada por su contenido descriptivo—, solo alcanza a señalar elementos que configuran sus leyes particulares, las cuales son presentadas como autónomas, olvidando deliberadamente que tienen una íntima conexión con las leyes generales de la economía política, cuyo asiento es la base más real y objetiva de la sociedad: la producción material y sus agentes constituidos como clases sociales. Por lo tanto estas ciencias particulares, tales como la economía industrial, agrícola, etc. son sólo una forma concreta de la economía política.

Hartamente conocidas las manifestaciones ideológicas de las ciencias económicas particulares, no está de sobra que mencionemos sus límites: La descripción, su interés calculista y de medición cuantitativa, desentendimiento de las relaciones sociales, su sentido pragmático y utilitarista, etc. No solo magnifican su específico contenido, sino que además apoyados en un mecanicismo rayano, pasan a dar cuenta de soluciones que solo se preocupan por las magnitudes, por el dato, por lo cuantitativo, mixtificando una potencialidad que los números no poseen.

La economía política en cambio —sin pretender ser absoluta en la explicación científica—, reconoce que la ciencia económica en general debe apoyarse en una división científica del trabajo; por ello mismo admite la existencia de tales disciplinas particulares. Sin embargo, estas no alcanzan a comprender que el surgimiento de “sus leyes particulares”, tengan que subordinarse dialécticamente a la generalidad de las leyes de la economía

política. Siendo incapaces para comprender la coherencia y vinculación entre ambas, terminan por parcelar la ciencia.

Entre otras modalidades ideológicas podemos señalar: la falsa concepción acerca de que la teoría y la práctica no constituyen un solo momento, un gran proceso. Al optar por una solución práctica, inmediatista de los problemas que se reflejan en la sociedad, no solo hacen un desprecio de la claridad teórica que debe animar a toda ciencia, sino que además confunden contradicción con disyuntiva, elevan al rango de "ciencia" su opción y sus alternativas. Por lo demás, la economía política no riñe con el desarrollo acelerado de la técnica, sabe que esto es histórico y como tal lo analiza. Sin empañar sus análisis, justiprecia que la práctica social por ser múltiple, no debe ahogar el desarrollo técnico ni el teórico, sino antes bien restablecer con ellos la unidad científica. La primacía de la economía política no supone la tajante eliminación de las disciplinas particulares, sino su integración alrededor de las leyes más generales. En este sentido opina Zurawicki:

Si la economía política analiza los aspectos sociales de la producción, realización y distribución de los bienes materiales en la escala nacional, y examina la yuxtaposición de las categorías económicas y de las leyes que caracterizan los distintos regímenes socioeconómicos, entonces las economías particulares, sin renunciar tampoco a la investigación de aspectos sociales de la producción y de algunos servicios, se ocupan de descubrir leyes autónomas dentro de las correspondientes esferas de la actividad económica⁵.

El cerco que sufre la economía política no le proviene exclusivamente de las disciplinas particulares de la economía; a ello se ha sumado la sociología, cuyas variantes más ideologizantes estarían representadas por el positivismo y por el análisis estructural-funcionalista. Esta última, pretende emparentarse con el marxismo en el análisis de la sociedad. Sin embargo, algunas de sus categorías no solo son burda copia de las conceptualizaciones de las clases sociales, sino que además apuntan hacia la negación de la lucha de clases. v.gr. la estratificación y la movilidad social.

Empero, hay otras disciplinas cuyo papel ideológico es más agudo, tal es el caso de las ciencias ligadas al desarrollo técnico. La sofisticación encarnada en la cibernética, la programación y la econometría, se hermanan con la política económica, es decir con la economía reducida al rango de medio (política monetaria, fiscal, etc.). Hay una explicación de fondo en esto, pues confluyen en el mismo propósito: los problemas sociales deben ser atendidos con "eficacia", es decir —opinan—, hay que sacar el mayor provecho de cierto número de medios empleando la técnica adecuada. Sus conclusiones enfatizan que los problemas de la ciencia económica se reducen a medios, de ahí su preocupación por multiplicar sus justificaciones antes que entender el sentido social de tales aplicaciones.

Todo el cúmulo de manifestaciones ideológicas de la economía configuran una realidad desrealizada, que reafirma que cuanto más fetichizada

⁵ Sewerin Zurawicki, *Problemas metodológicos de las Ciencias Económicas*, Ed. Nuestro Tiempo, México 1972, pág. 88.

está la ciencia, tanto más se presentan los problemas de la realidad como cuestiones lógicas o metodológicas. (Kosik).

III. Política económica y crisis.

No pretendemos agotar en este apartado la discusión en torno a las políticas económicas como atenuadoras de los fenómenos de crisis. Más modesto es el esfuerzo: reseñar escuetamente la concepción de los ciclos económicos desde algunas posiciones no marxistas, sus elementos de análisis y sus soluciones. La brevedad con que se abordan debe ser entendida como pautas generales. La naturaleza especializada de las políticas económicas obliga a esfuerzos de análisis más sesudos, más amplios.

Al dedicar nuestra atención metodológica a tres modelos "convencionales" de la economía que se preocupan a su manera por el ciclo económico, lo hacemos sosteniendo en términos generales que priva entre ellos la preocupación por la superficialidad y por la solución de problemas que se les aparecen como coyunturales, pero que en esencia radican en cuestiones estructurales que no se atreven a impugnar.

La hipótesis (a veces hecha teoría) que se maneja, es la de que las crisis se explicarían por ciertos "desajustes" del sistema que se originan en un mal conocimiento de su funcionamiento que lleva a malas políticas económicas, las cuales en vez de sanar las crisis, las profundizan⁶.

El porqué se han generalizado las políticas económicas frente a las perturbaciones, obedece a la dinámica que el propio capitalismo ha impreso a su desarrollo, mismo que a pesar de sus propias revitalizaciones no ha podido quebrar la sentencia marxista de que las crisis son naturales e inmanentes a este sistema. Sin embargo,

Sea porque hubo un cambio importante en el funcionamiento del sistema, sea porque evolucionó mucho el conocimiento de las características del ciclo, o por ambas razones, se ha llegado a un relativo control del fenómeno⁷

⁶ Theotonio Dos Santos, *Las Crisis Económicas*, Ed. E.N.E. U.N.A.M., México 1975, pág. 206.

⁷ *Ibid.* pág. 208.

El propio autor señala genericamente pautas de la política económica frente a las crisis: "las crisis de realización expresan la contradicción que conlleva el sistema entre la producción de valor de cambio y valor de uso. Para el capitalismo el valor de uso de la mercancía sólo interesa en tanto condición para que ellas lleguen al mercado. Su estructura productiva reflejará la diferencia entre el insuficiente consumo de los trabajadores y el creciente consumo de los capitalistas y sus empresas" (pág. 228).

"La crisis de desproporción refleja la tendencia anárquica del sistema en que las unidades productoras tienen que mantener un relativo secreto sobre los planes y objetivos para poder triunfar en la competencia" (pág. 228).

"... Las crisis ligadas a la tasa de ganancia o de acumulación expresan un carácter cíclico y se ligan muy estrechamente a la contradicción capital-trabajo" (pág. 228).

Para el primer caso, apunta como política económica general:

Tal control relativo no invalida de manera alguna la discusión teórica y mucho menos la política, pues los capitalistas y su Estado si bien se las ingenian para retardar por todos los medios posibles el estallido de una crisis, para limitar, para frenar la acción de las leyes objetivas que las determinan, solo logran que tales medidas puedan ser eficaces durante algún tiempo. Sin embargo, ninguna medida puede eliminar las condiciones que engendran las crisis, conservando al mismo tiempo el régimen capitalista. Ejercer un limitado control del ciclo económico, de su conducción, no significa eliminar las crisis. No solo hay una diferencia terminológica, sino que las crisis por ser los momentos críticos del ciclo, requieren de un análisis que rebase el punto de vista puramente técnico. Hecha esta aclaración, es posible comprender que las diferencias entre los modelos no marxistas de explicación de las crisis, son divergencias en torno de los fenómenos que se ligan a ellas:

La explicación monetaria relaciona el ciclo económico con la existencia de un comportamiento inflacionario de la economía que es acumulativo y lleva a un crecimiento económico artificial que ocupa todos los factores de manera irracional, crea importantes distorsiones en la distribución del ingreso, estimula inversión puramente especulativa y llega al fin a una quiebra cuando la unidad monetaria empeora⁸.

“creación de demanda estatal, particularmente la militar y la de trabajo improductivo que permitan una redistribución del ingreso en favor del consumo. A corto plazo se deprimen las ganancias, pero generan una demanda adicional a través de la deuda pública. (solución inflacionaria) que solo aplaza la crisis” (pág. 230). Agrega: “. . . Se pueden aminorar también con expansión de la demanda del exterior, lo cual no tiene sentido si exige como contrapartida la Importación de bienes en el mismo valor. Solución aparente: Financiar la exportación de productos provocando un déficit en la balanza de pagos. Esto conduce a una situación de desgaste de la moneda y a una crisis financiera”. (pág. 230).

Para el segundo tipo de crisis apunta: “. . . La crisis de desproporción se puede mejorar a través de un proceso de concentración y monopolización que permita planear las inversiones. Esto lleva a un debilitamiento de la competencia y a profundizar la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación” (págs. 230-231).

En cuanto a la tercera modalidad de la crisis, señala:

“. . . Estas crisis se compensan con una disminución del valor relativo de la fuerza de trabajo en los costos de producción a través de inversiones de gran densidad de capital. Esto provoca un aumento del excedente económico y la composición orgánica del capital, incremento de la capacidad de producción de bienes de capital y materias primas elaboradas sin un crecimiento proporcional del mercado de bienes de consumo” (pág. 231).

El autor finaliza señalando que la política anticíclica fundamentalmente está enmarcada en la intervención estatal y en su carácter: “. . . Las medidas antirrecesivas se manifiestan con la presencia del Estado con medidas que inciden en el mercado de trabajo; asistencia y seguridad médica, etc. que permiten disminuir o desvalorizar la fuerza de trabajo”. (. . .) “Las medidas de tipo fiscal (reducción de impuestos a la reinversión), terminan creando enormes déficits del presupuesto público”. En consecuencia: “. . . Las políticas antirrecesivas conducen a fenómenos inflacionarios, incremento del gasto público por encima del ingreso público”. (pág. 231).

⁸ E. C. Harwood, Cit. Theotonio Dos Santos, *Op. Cit.* pág. 211.

Para Dos Santos,

Los monetaristas están evidentemente equivocados cuando dan a los mecanismos financieros un valor explicativo de las crisis, pero están absolutamente en lo cierto cuando vinculan las crisis económicas a esos mecanismos financieros, y están todavía más en lo cierto cuando plantean una política deflacionista (. . .) como única forma de contención de las crisis⁹.

Las interpretaciones que relacionan los ciclos económicos con las innovaciones tecnológicas sostienen:

El equilibrio se rompe cuando por un aumento del conocimiento y/o deseo de aumentar las ganancias, el empresario es llevado a innovar pidiendo dinero prestado para construir sus plantas y equipos. Tal situación hace que otros lo sigan y se crea un mecanismo acumulativo que lleva a la fluctuación del sistema¹⁰.

Al aceptar que el progreso técnico es una variable intrínseca del sistema, el autor cae en contradicción al afirmar que las innovaciones tecnológicas son factor de desequilibrio. Así, su conclusión de que son las sucesiones ininterrumpidas de la innovación tecnológica las restauradoras del ciclo, se antoja falsa.

La tercera modalidad no marxista:

Puesto que el ingreso nacional es igual a consumo más ahorro, y suponiendo que el ahorro es igual a la inversión, la posibilidad de un crecimiento económico continuado dependerá básicamente de que las nuevas inversiones se hagan de tal manera que encuentren un ritmo de crecimiento suficientemente vivo para poder consumir la nueva producción. Para que tal situación se de es necesario un tipo de desarrollo natural en el que el ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo sea compatible con un ritmo de progreso técnico neutro que mantenga invariable la relación capital-producto deseada, a un tipo de interés constante¹¹.

Así resume el autor la visión keynesiana sobre el ciclo económico, otra de las variantes de la política económica con alta carga ideológica. . . y mucho apoyo político. Tales evidencias se destacan en sus propios conceptos: ahorro (sustitución de la categoría ganancia, olvido de la explotación), relación capital-producto (tasa de la ganancia); por lo demás, los intentos keynesianos cínicamente han confesado sus aviesos propósitos de ser los médicos de cabecera del capitalismo. Tanto los modelos económicos keynesianos como los neokeynesianos conducen a la sofisticación de la economía, y en esencia desembocan en la acreditación que le hacen al Estado de una capacidad ilimitada de ejercicio del gasto público. La propia historia capitalista ha abofeteado tales expectativas. Hay en la puesta en

⁹ Theotonio Dos Santos, *Op. Cit.* pág. 212.

¹⁰ Joseph A. Schumpeter, *Cit. Theotonio Dos Santos, Op. Cit.* pág. 215.

¹¹ Theotonio Dos Santos, *Op. Cit.* pág. 217.

práctica de este tipo de política económica, cuarteaduras y dificultades serias, en cuanto que se apoyan en supuestos que chocan con la realidad. En términos generales, lo que ha provocado tal política es el efecto contra-productivo de sus medidas en el mediano plazo del ciclo económico. Dicho en términos del vulgo: administran un mejoral para un dolor que no es de cabeza.

Son en conjunto las políticas económicas monetarista y fiscal quienes se han colocado en el centro del debate de las crisis. Nada más lógico, pues el desarrollo material capitalista ha multiplicado la forma del intercambio Dinero-Mercancía-Dinero; la creciente acumulación capitalista no solamente ha impuesto tal fórmula sino que ha redoblado las funciones monetarias, y por ello no es casual que las expresiones más visibles de las crisis se manifiesten en este terreno, lo cual no quiere decir que en la fetichización del dinero se encuentre la causa más profunda. Sin embargo, se antoja necesaria la reflexión sobre el papel del dinero en el ámbito de las crisis, desde la óptica marxista.

Por otro lado, desde éste último enfoque, la crisis se asienta en el mismísimo movimiento cíclico del capital, lo que revela una dialectización estrecha entre ciclo y crisis, ambos explicados a partir de las necesidades capitalistas de reproducción material y social, de interacción de los grandes sectores productivos de la economía.

La crisis económica es la interrupción del proceso normal de reproducción. La base humano-material de la reproducción, el volumen de mano de obra productiva y el volumen de instrumentos de trabajo efectivamente empleados, se restringe. De ahí resulta una baja del consumo humano y una baja de consumo productivo, es decir una disminución del trabajo vivo y del trabajo muerto que estará a disposición de la producción durante el ciclo siguiente (. . .) Aquí (en la sociedad capitalista), la destrucción material de los elementos de producción no se presenta como causa, sino como consecuencia de la crisis. No hay crisis porque haya menos trabajadores en el proceso productivo; hay menos hombres que trabajan porque hay crisis. No es que el rendimiento del trabajo disminuya y la crisis estalle porque el hambre se instale en los hogares; el hambre se instala en los hogares porque la crisis estalla.¹²

El movimiento cíclico del capital¹³ es pues, el gran mecanismo donde hay que ubicar las perturbaciones capitalistas (crisis de sobreproducción, de realización, de caída de la tasa media de ganancia, etc.), pero al mismo tiempo constituye la reacción del sistema contra la desvalorización del capital en las crisis.

Toda la marcha cíclica encuentra en el corazón de su explicación a la propia naturaleza anárquica de la producción, a la incapacidad del sistema para contener su mismo desarrollo. La competencia y el afán de la ganancia

¹² Ernest Mandel, *Tratado de Economía Marxista*, T. I. Ed. Era, México 1971, pág. 319.

¹³ Cfr. Ernest. Mandel, *Op. Cit.* pags. 324-336.

se entroncan en un barullo que se revela primeramente como disputa intercapitalista entre sectores, pero que paulatinamente va trasladando sus efectos, incorporando en su dinámica incontrolable al propio estado con todo y su sistema, haciendo recaer sus golpes más devastadores sobre los sectores más desguarnecidos, los sin coraza ni poderío económico. Por ello, huecas suenan las ilusiones que se despiertan dentro del proletariado si se les llama a dar batallas puramente económicas, pretendiendo resolver todo este embarazo. Su expediente tiene que ser necesariamente político. La burguesía pudo entronizarse llevando a cabo una revolución por la vía económica, porque detentaba lo que hoy ha acrecentado: los medios de producción. Las cosas para las clases explotadas son totalmente distintas. La enorme potencialidad de su único medio de producción debe tornarse en arma política. Mientras que son las propias condiciones materiales del desarrollo capitalista las que mejor orientan la comprensión de toda la dinámica cíclica, es el contraste y agudización de la lucha entre el capital y el trabajo quien marca las proposiciones de análisis de mayor alcance histórico.

IV. Política económica y Estado.

La economía política como ciencia de las relaciones sociales de producción bajo condiciones históricamente determinadas, echa por tierra la idea de que el Estado solo toma parte en el terreno de la aplicación económica de manera coyuntural, neutral, al margen de las relaciones que lo engendran. Sweezy señala:

El Estado ha sido siempre un factor muy importante en el funcionamiento de la economía dentro de los marcos del sistema de relaciones de propiedad que garantiza¹⁴.

Tal opinión sustentada en la década de los 40 del presente siglo llevaba al autor a sostener la tesis de que tal principio había sido descuidado en los análisis marxistas, vale decir que la teoría del estado como instrumento económico había sido olvidada y que sólo había sido tomada en cuenta para explicarse el problema de la transición. A esto habría que agregar que en *El Capital*, Marx no tiene un desarrollo explícito y sistemático acerca de esto; en general en su obra se puede advertir de manera implícita un tratamiento superestructural (estado, ideología, relaciones jurídicas, etc.) ligado al desarrollo material capitalista. Pero no es posible advertir un análisis específico del asunto.

Es necesario puntualizar —por lo demás—, que el expediente de la política económica ha sido utilizado de diferente manera según el grado de desarrollo capitalista de que se trate, y que resulta entonces de suma importancia comprender la magnitud de la intervención estatal y de las políticas económicas que tienden a reforzar la internacionalización de las

¹⁴ Paul M. Sweezy, *Teoría del Desarrollo Capitalista*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, 1970, pág. 332.

relaciones sociales capitalistas, que por lo tanto obligan a ampliar el enfoque más allá de los límites nacionales. La política económica del estado capitalista impone nuevas relaciones geopolíticas.

Meek, nos remite a una fuente histórica del enfrentamiento economía política-política económica:

La liquidación de la economía política por la burguesía (a la muerte de los clásicos) (. . .) no puede ser completa, pues hay ciertos procesos económicos en cuyo curso el conocimiento de las leyes económicas es necesario para fines prácticos en la actuación de la política económica. El número y alcance de esos procesos aumentan con el crecimiento del capitalismo, especialmente en la última fase de desarrollo¹⁵.

La burguesía dejó de interesarse por la ciencia, se preocupó por la política económica, y con ello hizo de la ciencia económica una apología, tomó como instrumento a las medidas económicas, ideologizando así su concepción y su operar sobre el mundo material y social.

Un panorama diferente se desprende cuando se parte de un análisis de clase tanto del Estado como de la política económica. Sweezy aporta algunos principios de la intervención del Estado en la economía:

“se acude al poder del estado para resolver problemas planteados por el desarrollo económico de la forma particular de sociedad de que se trate (. . .) Cuando se afectan los intereses de la clase capitalista, hay una fuerte predisposición a usar libremente el poder del estado (. . .) se puede usar al Estado para hacer concesiones a la clase obrera, siempre que las consecuencias de no hacerlo así sean suficientemente peligrosas para la estabilidad y funcionamiento del sistema¹⁶.”

La perspectiva de clase en estos análisis debe diferenciar la política económica de la intervención estatal; la primera puede excluir los aspectos no económicos relacionados con la política económica, mientras que la segunda puede suponer una separación entre estructura económica y Estado. La intervención del estado que garantiza la acumulación es evidentemente una práctica política y económica de clase. El estado no es producto de la interacción de diversos agentes que lo hagan aparecer como regulador del ordenamiento social como lo sostiene la burguesía; no es tampoco un conformador de la sociedad como sostiene la perspectiva politicista.

De la misma manera que es importante la distinción entre política económica e intervención estatal, es necesario ubicarla en el contexto histórico y en el desarrollo cíclico del capital. Mattick señala:

La ingerencia del estado. . . se distingue de la intervención estatal del siglo pasado por la magnitud de su volumen y su aplicación y no tanto por los medios empleados en su realización¹⁷.

¹⁵ Oscar Lange, Cit. R. L. Meeck. *Op. Cit.* pág. 331.

¹⁶ Paul M. Sweezy, *Op. Cit.* págs. 337-339.

¹⁷ Paul Mattick, *Crítica de la Teoría Económica Contemporánea*, Editorial Era, México 1980, pág. 198.

La realización de las condiciones generales de la producción, materializada por el Estado, favorece a los capitales privados, pero no significa que la rentabilidad del capital pueda ser elevada a través de gastos de infraestructura. Más bien depende de la rentabilidad del capital. El capital delega en el Estado el complemento social de la producción privada. En tanto que el capital aporta los costos necesarios, tiene poco interés en extender la infraestructura por encima de los límites impuestos por sus necesidades, por ello mismo la infraestructura vinculada a la producción permanece frecuentemente rezagada con respecto a la producción mercantil.

Si ya hemos dicho que la política económica guarda consonancia directa con la acumulación, ahora precisaríamos que es particularmente con el eje de tal acumulación y que por lo mismo el análisis de los mecanismos de participación del Estado nos lleva a conocer el interjuego que se establece al interior de la burguesía, entre sus diversas fracciones, en su disputa por hegemonizar los proyectos que les favorezcan. Los diversos mecanismos de la política económica implican condiciones más favorables para la reproducción de la clase capitalista aún a costa de sus sectores más atrasados. Tales mecanismos pueden significar también condiciones relativamente favorables para la clase trabajadora, lo que no obsta para seguir sosteniendo el carácter de clase del Estado.

A partir de dos condiciones fundamentales, la contradicción capital-trabajo así como el carácter de clase del Estado, se antoja necesario puntualizar algunos principios generales del análisis de la política económica, en la óptica de la economía política:

a). la naturaleza y orientación de la política económica salvaguardan las relaciones de propiedad y de las relaciones sociales capitalistas.

b). Las políticas económicas pretenden contrarrestar los efectos, no las causas de los problemas de la sociedad capitalista.

c). El análisis de tales mecanismos permite comprender la recomposición del eje de acumulación e incluso posibilita asegurar una nueva fase o modelo de tal acumulación.

d). En tales medidas va implícito el proyecto global capitalista que favorece al conjunto de la clase pero que apunta la hegemonía de una de sus fracciones.

e). Ante un grado creciente de desarrollo capitalista, el Estado va manifestando en general una incapacidad mayor para sortear todos los problemas de complementación infraestructural, lo que señala el carácter limitado de la intervención estatal, la naturaleza complementaria de las medidas de política económica.

f). Acorde con lo anterior, es la problemática cíclica del capital la que hace acudir al Estado, no es la voluntad de este la que decide tal intervención; no es intervención del Estado en la economía sino absorción del Estado por la dinámica del capitalismo (Castañeda).

g). La internacionalización de las relaciones capitalistas da un nuevo carácter a la política económica ejercida por el Estado; le da dimensiones geopolíticas en las que los mecanismos de los organismos internacionales al servicio del desarrollo imperialista, configuran un carácter continental a la política económica. Tal es el caso de América Latina.